

La muerte roja

Brian Freeman



Lectulandia

Horrorizada por la sospecha de que su marido —cuyo extraño comportamiento la turba desde hace unos meses— pueda ser el psicópata que ha acabado con la vida de tres mujeres en Duluth, Alison Malville decide hablar con el teniente de policía de Minnesota Jonathan Stride...

Lectulandia

Brian Freeman

La muerte roja

Jonathan Stride 5.5

ePub r1.0

Titivillus 16.01.16

Título original: *Spitting Devil*
Brian Freeman, 2010
Traducción: Alicia Misrahi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mientras Alison Malville soñaba, hormigas negras desfilaban sobre su cuerpo.

Como un ejército de invasores íntimos, ellas buscaban los pliegues fruncidos alrededor de los botones de su camisón y marchaban en tropel por la seda hasta llegar a su piel húmeda. Desde su almohada, trepaban por el espeso bosque de su cabello rojo, se colgaban en sus pestañas y exploraban los orificios de su cara. Las probó en la lengua. Las inhalaba y exhalaba con la nariz. Las ahogaba con sus lágrimas cuando lloraba. Incapaz de moverse, gritaba en silencio mientras cientos de hormigas montaban en sus pies, sus muslos, su torso y su cuello, violando los resquicios entre sus miembros.

«Levántate», le ordenó su cerebro.

«¡Levántate!».

Alison se sentó con rapidez en la cama. Estaba despierta, pero aún podía sentir las hormigas arrastrándose por su cuerpo. Se liberó de su ropa, haciendo saltar los botones al desnudarse. Salió dificultosamente de entre las sábanas enredadas y se lanzó hacia la pared, frotando y golpeando su piel como si pudiera matarlas. Finalmente, agotada y entre sollozos, con el pecho martilleándole, se desplomó en el suelo y se abrazó las rodillas.

Otra vez. Había pasado otra vez.

Ahora soñaba con las hormigas casi cada noche. Cuando cerraba los ojos, allí estaban ellas, esperando para deslizarse a través de las ventanas. Desde sus sueños, habían incluso empezado a invadir su vida real. No podía escapar de ellas. Dondequiera que fuese en la casa, las oía agolpándose en el techo, vigilándola como espías.

Alison sabía lo que le estaba pasando. Al fin y al cabo, no tenía que ver con las hormigas. Tenía que ver con su marido. La estaba volviendo loca.

Mientras estaba sentada en el suelo, miró el reloj que brillaba en su mesita de noche. Eran las seis. No entraba luz a través de las cortinas, pero pronto amanecería y ya llegaba tarde. No lo había logrado. Había decidido quedarse despierta... para escuchar, para ver qué hacía Michael, pero en algún momento después de la medianoche se le habían cerrado los ojos a pesar de las tres tazas de té con cafeína. Había tenido un sueño pesado.

Las hormigas habían vuelto.

Alison se puso en pie de un salto. Tenía la piel de gallina. Descolgó una bata de la percha de la parte trasera de la puerta del armario, deslizó sus brazos dentro de las mangas y se la ató a la cintura. Quitó la silla que había apoyada en el pomo de la puerta, bloqueando la salida del dormitorio, y miró escaleras abajo hacia la entrada, que estaba a oscuras y en calma.

Olió algo raro en el aire viciado y caliente que soplaba a través de los conductos de la calefacción. Era el aroma de un perfume. El suyo.

Primero fue a ver a Evan. Su hijo de diez años dormía en una habitación abarrotada con pósteres de monstruos colgados con chinchetas en las paredes. Estaba obsesionado con las películas antiguas de Frankenstein. Vampiros. Hombres lobo. A diferencia de su madre, Evan no tenía miedo a nada, era inmune a las pesadillas. Lo encontró sobre las mantas, con sus miembros delgados extendidos, la boca abierta y la desordenada mata de pelo castaño tapándole los ojos. Pasó entre el campo de minas de juguetes que cubría la alfombra y acarició su mejilla con el dorso de la mano. Evan susurró pero no se despertó.

Alison oyó algo detrás de ella. Se dio la vuelta con rapidez, pero no había nada.

Sólo hormigas.

Se agarró los antebrazos mientras se apresuraba escaleras abajo. La casa estaba tan fría y seca que sintió una descarga eléctrica al rozar la barandilla metálica. Las baldosas de cerámica del suelo del vestíbulo eran como bloques de hielo y la hicieron danzar sobre las puntas de los pies. Pasó rápidamente al comedor, donde la alfombra era gruesa, pero hizo una mueca de dolor cuando se cortó en un pie con un objeto afilado oculto en la urdimbre. Se agachó y buscó con los dedos entre el pelo hasta que localizó un fragmento triangular de cristal, que depositó en la mano ahuecada. Cuando examinó las polvorientas estanterías de su vitrina, vio que el búcaro de cristal ruso —un regalo de bodas de sus padres— había desaparecido.

—Oh, Evan —dijo en voz baja.

No tenía tiempo de preocuparse por el tesoro roto. Continuó hacia la parte trasera de la casa, donde Michael tenía su despacho privado. La puerta estaba cerrada, como solía. El acceso a la estancia estaba prohibido para todos excepto para él. Su marido pretextaba que Evan había estado jugando con su ordenador, pero ella sospechaba que Michael estaba más preocupado por lo que ella pudiera encontrar escondido en sus archivos personales.

Imágenes. Fotografías.

Pegó la oreja a la puerta y oyó cómo roncaba suavemente. Había estado durmiendo allí abajo, lejos de ella, desde hacía varias semanas.

Alison se sintió aliviada de que él aún estuviera en la casa. Se dijo a sí misma que su paranoia era sólo un sueño, como las hormigas. Eso es lo que pasa cuando sospechas algo que no te atreves a creer. Utilizas cada oportunidad, cada excusa, para demostrarte que estás equivocado.

Michael no era un monstruo.

Aun así, Alison sabía que el hecho de que estuviera ahora aquí, por la mañana, no significaba nada. Ella había estado durmiendo la mayor parte de la noche, y durante esas horas habría podido suceder cualquier cosa. Tenía que descubrir la verdad. Retrocedió hasta el vestíbulo, donde el techo en forma de bóveda se cernía sobre la entrada. Michael guardaba sus llaves en un cuenco junto a la puerta. Las recogió. Abrió las dobles puertas delanteras de par en par y corrió afuera. Vivían en el campo. Oyó pájaros graznando en los abetos que había más allá de su terreno. Las piedras del

sendero estaban congeladas. Podía ver su propia respiración.

El sedán negro de Michael estaba aparcado fuera del garaje. Había agujas de escarcha en las ventanillas. Puso la palma de la mano en la capota, estaba fría, pero a veinte grados bajo cero —la temperatura a la que se había llegado por la noche—, los coches se enfriaban casi tan pronto como el motor se paraba. Abrió la puerta del conductor. El coche nunca estaba cerrado con llave; no había necesidad de hacerlo aquí, en medio de la nada.

Recordaba la cifra exacta. Antes de irse a la cama, había salido afuera para memorizar el cuentakilómetros. Era su tabla salvavidas.

Alison se sentó dentro. Temblaba con escalofríos tan violentos que apenas era capaz de sostener la llave y deslizarla en el contacto. Giró la llave lo justo para encender el sistema eléctrico. El salpicadero parpadeó volviendo a la vida con luces blancas y rojas. Se inclinó hacia delante sobre el volante para examinar el kilometraje y se llevó la mano hasta la boca, horrorizada. Leyó los números tres veces para asegurarse de que no se equivocaba.

El cuentakilómetros había cambiado.

Cincuenta kilómetros. Había conducido cincuenta kilómetros por la noche.

Evan estaba sentado a la mesa de la cocina, sorbiendo cereales de su cuchara y pasando las páginas de un cómic. Alison oyó los grifos de la ducha arriba y supo que su marido se había levantado. Vestía elegantemente para ir al trabajo y llevaba un delantal sobre su blusa rosa para evitar las salpicaduras del bacón que estaba friendo en la sartén. A Michael le gustaban los desayunos calientes y ella todavía cocinaba para él cada mañana, como lo había hecho durante años, como si nada hubiera cambiado entre ellos.

—¿Puedo tomar un poco de zumo de naranja? —preguntó Evan.

Alison miró al chico. Su rostro grave se suavizó.

—Claro.

Abrió el refrigerador de dos puertas y cogió un envase de zumo de la estantería de arriba, pero cuando lo levantó, se dio cuenta de que estaba vacío. Suspiró frustrada. Era una estupidez, pero aquella mañana se veía incapaz de soportar los pequeños contratiempos de la vida diaria.

—Lo siento, cariño, no hay zumo.

—Oh.

—¿Lo has terminado y no me lo has dicho?

—No.

Alison le dirigió una mirada maquiavélica de broma.

—Porque cuando lo terminas y lo devuelves a la nevera, no sé si tengo que comprar más, ¿vale? Por eso no tienes zumo hoy.

—Yo no he sido —insistió Evan.

—Lo que tú digas —replicó Alison, pero estaba segura de que Evan era el culpable.

Volvió a centrarse en el bacón, que estaba virando rápidamente de crujiente a quemado. Apartó la sartén del fogón, pero el olor a chamuscado era muy intenso. Estaba disgustada porque no había tenido tiempo de preparar el desayuno antes de vestirse. Ahora su traje pantalón y su largo cabello pelirrojo olerían a grasa de bacón, no a su sutil perfume francés.

—¿Hay algo más que quieras contarme? —le preguntó a su hijo.

—¿Como qué?

—Como qué ha pasado con el jarrón de cristal del comedor. El que estaba en el aparador que se supone que no tienes que tocar.

El chico tragó nerviosamente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que alguien lo ha roto. He encontrado los pedazos en el fondo de la bolsa de basura.

—Yo no he sido.

Alison ladeó la cabeza enojada.

—Evan, ¿te acuerdas de lo que siempre te digo? Equivocarse está bien, pero mentir no.

—No estoy mintiendo. —La miró con ojos grandes y sinceros y bajó la voz hasta un susurro—. Creo que lo hizo el Diablo Escupidor.

—¿Qué?

—El Diablo Escupidor.

Evan sostuvo su cómic, en el que Alison alcanzó a ver un dibujo de un diablo de piel rojiza mirando maliciosamente desde las páginas con la lengua colgando fuera de la boca.

—Mira, ellos hacen que pasen cosas malas por la noche y el único modo de saber que han estado allí es porque escupen sangre en el suelo.

—Buen intento —dijo Alison.

Evan señaló.

—¡Mira, hay sangre! ¡Mira!

Miró a sus pies y se dio cuenta de que Evan estaba en lo cierto.

Pequeñas manchitas rojas de sangre punteaban y manchaban el suelo camino del comedor a la cocina.

—Es de mi pie, jovencito —le dijo—. Me he cortado con un cristal porque «alguien» ha roto mi búcaro ruso y lo ha intentado esconder.

—No he sido yo —repitió el niño.

—Hablares más tarde sobre esto, después del colegio —le dijo Alison—. No pienses que estás libre de sospecha.

No le gustaban las excusas de Evan, pero ahora no tenía energía para cuestionarle. No era la primera vez que lo había pillado mintiendo. Desde que la relación entre ella

y Michael se había crispado en los últimos tres meses, Evan había sentido la tensión en la casa y empezó a inventar cosas. Reclamaba su atención aunque ésta viniera acompañada de regañinas y disciplina.

—Buenos días —saludó su marido desde la entrada.

Casi llenaba el hueco con su alta figura.

Alison se puso tensa y no respondió.

Michael Malville besó a Evan en la cabeza y despeinó el cabello de su hijo. Ella le miró con el rabillo del ojo. Vestía un abrigo *sport* y un jersey de cuello alto sobre unos pantalones grises y unos zapatos de vestir pulidos. Era su uniforme de presidente, clásico pero informal. Cuando eres el propietario de la compañía, eliges el estilo de vestir. Michael había empezado con su negocio de tecnología una docena de años antes, poco después de que se casaran, y había levantado una de las mayores empresas de desarrollo de *software* del estado. Trabajaba con ingenieros *frikis* que vestían camisetas y tejanos, pero con su propio atuendo quería asegurarse de que nadie olvidara quién era el jefe. Incluso ahora que había despedido a la mitad de la plantilla por la recesión, siempre ofrecía un aspecto impecable.

Alison sabía que las apariencias eran engañosas. La apariencia escondía el estrés, la rabia acumulada, las discusiones, los secretos. Echaba de menos los primeros tiempos, cuando luchaban por salir adelante sin dinero en un pequeño piso de la ciudad. La prosperidad no les había dado la paz.

—Buenos días —repitió Michael cuando se acercó a ella.

—Sí.

—¿Has dormido bien?

—Claro.

Él puso una mano en su hombro y ella se tensó. Su rechazo lo dejó helado. Así eran las cosas entre ellos ahora. Distantes. Como extraños. Alison no podía obligarse a seguir fingiendo.

Cincuenta kilómetros.

Michael levantó el envase vacío de la encimera.

—¿No hay zumo?

—Alguien se lo ha bebido y lo ha dejado de nuevo en la nevera.

Él levantó las manos mostrando las palmas.

—Yo no he sido.

—Ha sido el Diablo Escupidor —explicó Evan desde la mesa.

—Evan, ya basta —dijo Alison bruscamente—. Termina ya y lávate los dientes para que tu padre y yo podamos dejarte en la escuela.

El niño refunfuñó y se levantó malhumorado de la mesa. Le pasó el plato sucio a su madre y salió de la cocina arrastrando los pies. Alison puso un humeante plato de huevos y bacón frente a su marido sin decir palabra. Se volvió hacia el fregadero e hizo todo el ruido que pudo con el agua y las sartenes para ocultar el silencio entre los dos. No funcionó. Cuando cerró el grifo y se secó las manos, se dio cuenta de que

Michael estaba sentado a la mesa con el desayuno intacto, mirándola.

—¿Me vas a decir qué va mal? —preguntó él.

—Nada.

—Por el amor de Dios, Alison.

—He dicho que no pasa nada.

Él dudó y su cara se entristeció.

—Creo que tendrías que consultar con un médico —le dijo con suavidad.

—¿Qué?

—Un psiquiatra.

—¿Lo dices en serio? ¿De verdad lo dices en serio?

—Necesitas ayuda.

—No tienes ni idea de lo que necesito —le contestó con brusquedad.

—Estoy preocupado por ti. Si no hablas conmigo, quizá podrías hablar con otra persona.

—Tengo que irme —dijo Alison.

Recogió su bolso y dio por terminada la conversación.

—Evan ha roto uno de nuestros búcaros de cristal. Habla con él. Antes me ha mentado.

—De acuerdo.

—Lo hace continuamente.

—¿Puedes culparle? —preguntó él.

—¿Me lo estás recriminando? ¿Es culpa mía?

—Ambos tenemos la culpa, pero tú eres la que me ha echado del dormitorio. Eres tú la que me está expulsando de tu vida. ¿Crees que eso me va bien? ¿Crees que no me siento como una mierda con mi empresa yéndose al garete? ¿Tienes alguna idea de la presión a la que estoy sometido?

Oyó la ira en su voz y la vio reflejada en sus ojos. La rabia salió silbando de él como el vapor de una cafetera. Ese era el Michael real. El Michael que ella había empezado a temer después de años de profesarle un amor incondicional. No entendía cómo podía haber estado equivocada durante tanto tiempo.

Ahora, cada vez que estaba con él en la cocina, los ojos de Alison se dirigían a la tabla de cortar, al lado del fregadero, donde guardaba sus cuchillos Wüsthof. La ranura del más grande, el cuchillo de trinchar, estaba vacía. Llevaba varias semanas así, desde la primera noticia en el informativo. Ella no había dicho nada. A nadie. Aún no. Era como si ambos estuvieran bailando silenciosamente, él esperando que ella se atreviera a reconocer lo que sabía.

—Lo sé todo sobre tu presión, Michael —dijo ella.

La Muerte Roja.

Éste es el apodo que los policías le habían dado al asesino cuando encontraron el

segundo cuerpo pelirrojo. Era un sobrenombre enfermizo, y a Jonathan Stride no le gustaba. Odiaba encumbrar a los asesinos dándoles nombres. Eso los convertía en mitos y alimentaba sus egos. Había ordenado a los polis que pararan, pero ya era demasiado tarde para detener el daño. El apodo triunfó en los periódicos y todo el mundo en la ciudad de Duluth conocía ahora la identidad del criminal. La Muerte Roja.

Había atacado de nuevo durante la noche. Era la tercera víctima en dos amargos meses. Una vez más, el color de la sangre encajaba con el del cabello de la mujer.

—Sigo pensando que hubiera podido ser yo —murmuró con voz ahogada la mujer que estaba sentada en la furgoneta de Stride. Su respiración nerviosa empañaba el parabrisas—. Sherry y yo sabíamos lo de las otras chicas. ¿Y quién no? Por eso me teñí. He pasado del castaño rojizo al negro azabache. Pensé que un poco de protección Clairol no haría daño, pero Sherry me dijo que era una estupidez. Dijo que la dañaría antes que teñirse. Nos reímos. Ya sabe, antes muerta que roja.

Stride había visto testigos en estado de *shock* muchas veces. Llegas al piso de tu mejor amiga para llevarla al trabajo, como cualquier otro día, y, en lugar de eso, lo que encuentras te traumatiza para toda la vida. El olor del cuerpo y la sangre nunca se desvanecen. El asesinato escribe en el cerebro con tinta indeleble.

Vio a la mujer temblar. Se estiró para coger su chaqueta de cuero del asiento trasero y la puso gentilmente sobre los hombros de ella.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Sherry? —preguntó Stride.

—Alrededor de medianoche. Estábamos en una fiesta en casa de alguien en Lakeside, bastante bebidas, así que pensamos que lo mejor era irnos antes de empezar a vomitar. La dejé aquí.

Stride limpió un cristal con la manga de su camisa de franela y escudriñó a través de él. El piso de Sherry Morton estaba en el sótano de un inmueble Victoriano centenario en las empinadas calles de casas adosadas cerca de la universidad. Había sido estudiante de enfermería. Veinticuatro años. Bonita. Menuda. La casa con la pintura desconchada y con los canalones sueltos estaba ahora envuelta en cinta policial y rodeada por coches de policía cuyos tubos de escape exhalaban nubes de gas al aire helado. Era una mañana de diciembre con un cielo gris plomizo.

—¿Ligó Sherry con alguien en la fiesta? —preguntó Stride.

La amiga de Sherry, Julie, negó con la cabeza.

—No, si lo hubiera hecho, lo sabría.

—¿Vio que alguien se marchara al mismo tiempo que ustedes? ¿Pudo seguir las alguien?

—No lo creo. Era tarde y las calles estaban desiertas. Creo que si hubiera tenido un coche detrás me habría dado cuenta.

—¿Y en casa de Sherry? ¿Vio a alguien merodeando fuera?

—No vi a nadie. Estaba bastante achispada, ya se lo he dicho. No tendría que haber conducido. No me va a arrestar o algo así, ¿no?

—No.

—Volví esta mañana para recogerla y la puerta estaba abierta. Entré y... Oh, Dios mío. Oh, Dios mío.

La joven se deshizo en lágrimas, y se tapó la cara con las manos. Stride conocía la imagen que se estaba reproduciendo en su mente. Él y su compañera, Maggie Bei, habían sido de los primeros en llegar a la escena del crimen después de que el operador del 911 dijera dos palabras. Muerte Roja. Encontraron a Sherry Morton en la cama, como las primeras dos víctimas, muerta a causa de un número brutal de profundas cuchilladas. Vestía una cara blusa de diseño con llamativas rayas verticales amarillas y verdes.

—Tengo que preguntarle sobre lo que llevaba Sherry cuando la encontró —dijo Stride.

Julie se enjugó la cara con las manos y su maquillaje se corrió.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Era la blusa que llevaba en la fiesta?

Parecía que la amiga de Sherry quisiera hacer cualquier cosa excepto recordar, pero cuando lo hizo, su confusión fue evidente.

—No, en la fiesta llevaba una camiseta de Sammy's Pizza. Las dos trabajamos de camareras allí para ganar dinero.

—¿Recuerda haber visto a Sherry con esa blusa antes?

—No, creo que era nueva.

Stride asintió sin decir nada más.

—Le voy a pedir a una agente de policía que venga, ¿de acuerdo? La ayudará a hacer una declaración detallada. Probablemente tardará un rato.

—Claro.

Stride apretó la mano de ella y salió de la furgoneta. Dejó la chaqueta sobre los hombros de la joven. El viento que rugía colina arriba desde el Lago Superior le mordió la cara. Se agachó para poder colarse por debajo de la cinta policial; su espalda se quejó cuando se irguió. Los duros inviernos de Minnesota le hacían sentir la edad en sus huesos. Iba a cumplir cincuenta el próximo año.

Encontró a Maggie Bei en los escalones de cemento que llevaban hasta el apartamento subterráneo de Sherry. Su compañera, que no era mayor que una muñeca china, fingía que el frío de Duluth no la afectaba. Vestía una camiseta de manga corta y llevaba las manos metidas despreocupadamente en los bolsillos de sus tejanos. Los tacones cuadrados de ocho centímetros le daban la altura suficiente para llegar al cuello de Stride.

—Estoy contenta de haberme dejado mi color de pelo —dijo señalando con la cabeza el apartamento que había debajo de ellos—. Es una mala época para las pelirrojas.

Maggie, que siempre había llevado el pelo negro cortado en redondo desde que la conocía, hacía años, le había sorprendido unas semanas antes tiñéndose el pelo de

rojo rabioso. Pronto admitió que había sido un experimento fallido y, desde entonces, había dejado que volviera a su color natural y sólo se dejó un mechón como recordatorio.

Él fue testigo de la transición del cabello de Maggie del rojo al negro desde el interior de su pequeña casa en la orilla del lago, donde los dos habían dormido en la misma cama durante varias semanas.

Fue otro experimento fallido. Stride y Maggie juntos. Sólo que se resistían a admitirlo.

—Su amiga no reconoce la blusa —dijo Stride.

—Sí, no es su talla, tampoco. No es suya.

—Por lo tanto, él la llevó consigo y se la puso después de matarla. Como a las otras.

—Las blusas no eran nuevas —añadió Maggie—. Estuvieron colgadas en el armario de alguien. La talla es siempre la misma y el tejido desprende un aroma de perfume. Muy bueno. Francés y caro. Este tipo viste a sus víctimas con las ropas de otra mujer.

Stride vio un rubor en las mejillas doradas de Maggie. Ella se mordió el labio cuando el viento arreció.

—¿No tienes frío?

—Soy de sangre caliente —le contestó—. Ya lo sabes.

Él vio como los ojos agudos de Maggie escrutaban su reacción. Mantuvo la cara de póquer.

—¿Tenemos ADN? —preguntó.

Maggie asintió.

—Rastros casi inapreciables de salpicaduras como en las otras escenas del crimen. Los técnicos piensan que es hemoptisis. Del criminal, no de la víctima.

—O sea, que este tipo tose sangre —dijo Stride.

—Correcto. Está enfermo, lo sepa o no.

Stride no se sintió mejor por los rastros de sangre o por la posibilidad de que el asesino estuviera enfermo. Fuera cual fuese el tiempo que le quedara, podía causar estragos.

—Tengo una llamada de Ken del *News Tribune* —le dijo Stride.

—¿Otra foto?

—Sí, ha recibido una foto en formato jpeg de la víctima por correo. También las cadenas de televisión. Saldrá en los informativos de la noche y en los periódicos de mañana, pero él quería advertirme de que la fotografía está circulando. Le pedí a Ken que nos reenviara el correo electrónico.

—No hemos tenido mucha suerte al rastrear los otros. Sea quien sea, este tipo tiene conocimientos de informática. Sabe cubrir sus rastros.

—Aun así, asume un gran riesgo —dijo Stride—. ¿Por qué envía las fotos? ¿Por qué involucra a los medios?

—A Muerte Roja le gusta atribuirse el mérito —dijo Maggie.

Stride pensó en las imágenes que había enviado a los medios de Duluth después de cada crimen. Recordaba las caras. Es lo que todo el mundo veía... las pálidas, bonitas y asesinadas caras y el cabello rojo desordenado. Muerte roja. Pero también se podía ver algo más que los rostros: podías ver cada una de las blusas robadas, lo suficiente como para que una mujer que las conociera las identificara.

No creía que fuera un accidente o un error. Es lo que el asesino pretendía.

—Tal vez la función de las fotos sirva para algo más que para reivindicar los asesinatos —le dijo Stride a Maggie—. Quizás este tipo está mandando un mensaje a alguien.

Alison había entreabierto la ventana de su Prius para poder expulsar el humo del cigarrillo. Se había fumado medio paquete desde que salió del trabajo por la mañana. Michael odiaba que fumara cerca de Evan, pero ahora, la nicotina era la única droga que la mantenía cuerda. A su lado, Evan leía su cómic y tarareaba, ajeno a su nerviosismo. La mayoría de los días, ella conversaba con él sobre sus actividades en la escuela y sus profesores después de recogerlo, pero a él no le importaba que hoy ella estuviera en silencio.

Condujo deprisa. Estaba desesperada por llegar a casa.

Vivían a unos quince kilómetros del centro de Duluth, en un terreno boscoso a quinientos metros del cenagoso lago. Lo habían escogido cuidadosamente después de semanas de explorar las carreteras secundarias, y ellos mismos habían diseñado la casa con la ayuda de un arquitecto local. En aquel momento, ella dijo que era su casa soñada. Michael le contestó que se la había ganado a conciencia por haber soportado la gran cantidad de horas que él dedicaba a su trabajo durante la década en que se había preocupado por hacer crecer su negocio, así como por economizar en un piso demasiado pequeño más de lo que otra esposa hubiera hecho. Ésta era la recompensa.

Meses después de que la casa estuviera terminada, Alison sonreía con orgullo cada vez que subía por el enlosado paralelo al camino de entrada. Su hogar era magnífico, con el exterior de roble natural, la ventana panorámica de tres metros y medio que daba a los bosques de la parte delantera, los altos gabletes del tejado y la gigantesca terraza trasera con vistas al terreno que descendía hasta los juncos del lago. Era un lugar que crecería y cambiaría con ellos a medida que se hicieran mayores. Para ella, una casa nunca estaba terminada. Eso es lo que la hace estar viva. Tenía planes para construir una piscina en la que Evan pudiera nadar. Tenía planes para terminar el ático, ahora tan sólo un laberinto de cuchitriles y de clavos afilados, y convertirlo en un *loft* y en un estudio donde ella pudiera dedicarse a la pintura. Tenía planes para añadir un jardín y fuentes y hacer una pérgola para los pájaros.

Eso fue antes de que todo empezara a cambiar.

A mediados del verano, la empresa de Michael perdió su contrato con el

departamento de desarrollo económico del estado para diseñar y desarrollar *software* de *marketing* de predicción. Durante tres años, el contrato había sido la mayor fuente de ingresos de la compañía de Michael; ahora, con un plumazo del gobernador, se había convertido en víctima de los recortes de presupuesto. En las garras de la recesión, la pérdida abrió una brecha que la compañía no pudo cubrir. Michael empezó por despedir a sus ingenieros de *software*, reduciendo la plantilla a la mitad. Algunos de los exempleados se unieron para presentar una demanda de robo de la propiedad intelectual. Otros montaron una empresa para competir con él. La compañía, que finalmente había salido adelante después de años de lucha, estaba ahora tambaleándose hacia la bancarrota. Mantenerla con vida se había convertido en una obsesión diaria para Michael. Su ego se levantaba y se derrumbaba al vaivén de las oscilaciones de su compañía.

Lentamente, los problemas del trabajo se mudaron a casa y luego se extendieron a través de las paredes de su dormitorio. Como las hormigas.

Michael culpaba a Alison. Afirmaba que era ella la que había cambiado. Al principio, ella pensaba que tenía razón y que el problema estaba en su cabeza. Alison se sentía como un perro loco, enajenado por un constante tono gimoteante en una frecuencia que sólo él podía oír.

Luego, se produjo la desaparición del cuchillo de trinchar. Después, la primera foto que apareció en el periódico.

—Mami, esto duele —se quejó Evan.

Alison había cogido de la mano a su hijo y había empezado a apretarla con más fuerza de la que pretendía. Evan era el único cabo de salvamento al que podía agarrarse ahora. Él era su sensata, tranquila y dulce pequeña roca. Excepto cuando mentía.

—Lo siento —le dijo.

Aparcó en el camino de entrada y accedieron a la casa. Ella intentaba aparentar tranquilidad para que Evan no advirtiera que todo iba mal, aun cuando estaba hiperventilando. Dentro, el silencio en sus oídos se hizo tan ensordecedor que quería presionar con ambas manos los lados de su cráneo. Necesitaba ir arriba. Necesitaba correr.

—¿Por qué no vas a ver la tele? —le sugirió a Evan.

—Vale. ¿Puedo comer algunos *pretzels* y una barrita de Hershey?

—Claro.

Alison esperó hasta que estuvo acomodado en el sofá. Empezó con los dibujos animados, pero ella sabía que en cuanto ella se fuera cambiaría de canal buscando alguna película de terror. Algo con monstruos.

—Estaré en mi habitación —le dijo.

—Vale.

No se preocupó. Evan no se dio cuenta de que ella quería tirarse por la ventana panorámica y caer al suelo junto con los cristales.

Alison salió de la sala de estar. Las lágrimas corrieron por su cara en torrente. Corrió escaleras arriba hacia su habitación, donde abrió con violencia la puerta del armario y separó bruscamente las prendas colgadas. Abrió todos los cajones, lanzando la ropa interior, los *shorts*, las braguitas, los calcetines y las medias al suelo en un montón desordenado. Arrancó los vestidos, las blusas y los abrigos de los colgadores. Vacío las estanterías. Cuando hubo terminado, el armario estaba vacío, trastabilló de vuelta a la habitación, se dejó caer al suelo y se derrumbó sobre su hombro. Su cabello rojo le cayó sobre la cara.

No estaba allí.

Había desaparecido.

—¿Mami?

Evan estaba en la entrada. Tenía los ojos muy abiertos y por primera vez en su corta vida, ella vio un destello de miedo en su cara mientras la miraba.

—Mami, ¿qué pasa?

Alison sonrió, pero debió de ser una sonrisa torcida, horrorosa. No pudo hacerlo mejor.

—He perdido algo —dijo.

—¿Qué?

—Una blusa. He perdido una blusa.

—Oh.

Evan se puso a cuatro patas en el suelo del dormitorio. Se subió las gafas hasta el puente de la nariz y gateó por la alfombra como un sabueso.

—Evan, ¿qué estás haciendo? —preguntó Alison.

Su hijo levantó la cabeza y la escrutó con seriedad.

—Buscando la sangre, mami. Ya te lo he contado. Tienes un Diablo Escupidor.

—Llegaré tarde —informó Michael a su esposa en un tono monótono, sin preocuparse de darle una disculpa—. No sé cuándo volveré a casa.

No esperaba que Alison protestara y ella no lo hizo.

—Voy a llevar a Evan a casa de mi hermana —repuso ella—. Pillaré una película.

—No tienes por qué esperarme levantada.

—No lo haré.

Le colgó como si no fueran más que compañeros de piso coordinando sus agendas. Cada vez más, los dos buscaban maneras de huir del otro.

Michael sintió cómo la furia bullía en su pecho. Sabía que tenía un problema con su temperamento y necesitaba una válvula de escape para drenar la presión. De pequeño, había sido campeón estatal de natación en la escuela secundaria, famoso por su despiadada competitividad. Desde entonces, podía sumergirse en el agua y avanzar como un rayo para disipar su rabia, pero en el gimnasio, sin la carrera, el cronómetro y la multitud, no era lo mismo.

En lugar de eso, tocó la papelerera con la punta de su zapato y la pateó en dirección a la pared regando la oficina de papeles. No le ayudó. La cubeta de plástico era indestructible. Se enfadó consigo mismo y empezó a recoger la basura.

No se suponía que iba a ser de ese modo. Éste no era el trato que había hecho. Había trabajado duro y levantado una empresa desde la nada; había conocido y cortejado a una mujer hermosa; había sido padre de un hijo increíble; había construido una mansión que era un símbolo de todo lo que había ganado con el sudor de su frente. Ahora estaba viendo cómo sus logros se escurrían entre los dedos, arrebatados sin ninguna razón y sin que él tuviera culpa ninguna. Le habían robado la vida.

Estaba enfadado.

—¿Un mal día?

Michael vio a Sonia Kraft en la entrada de su oficina, esbozando una sonrisa divertida al verle de rodillas recogiendo papeles desechados. Era la abogada principal de la compañía. Cuando empezó la recesión, su trabajo se había convertido en una labor tan frustrante como la de Michael. Había apuntalado el dique de sus males legales, batallando los litigios y renegociando contratos, pero el agua se colaba a raudales por nuevos orificios. La lucha les había convertido en compañeros y en amigos. Por encima del hombro de ella, vio que el resto de la oficina estaba a oscuras. Esa noche estaban solos, tratando de mantener la compañía a flote.

—Todos los días son malos —dijo sin esconder su amargura.

—Lo siento.

Él se sentó de nuevo, se inclinó hacia atrás, puso los pies sobre el escritorio y miró al techo. Sonia se sentó en una silla frente a él y cruzó las piernas dejando colgar un zapato de tacón alto de su pie cubierto por una media.

—¿Alison? —preguntó ella.

Michael asintió.

—¿Lo mismo?

—Peor —contestó él.

—Es lo último que necesitas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—¿Puedo hacer algo? —preguntó ella.

—No, gracias.

—Estoy aquí para lo que necesites, Michael.

Había captado el mensaje. Había cometido un error al compartir su rabia y su soledad con Sonia a medida que su relación con Alison se desintegraba. Aquello les había proporcionado un lazo secreto y ella le había dejado claro que podía estrecharlo cuando quisiera. Michael estaba tentado. Sonia era joven, apenas tenía treinta años, aunque era tan tiburón como cualquier otro abogado más curtido y dos veces más inteligente. Vestía faldas por encima de la rodilla y era desinhibida con su sexualidad. El sexo era un premio para la gente inteligente que trabajaba duro, decía, y no tenía

que ser nada más que eso.

Si quería, podía tenerla. Nunca había engañado a su mujer, pero había recibido muchas ofertas. Lo que esta vez lo hacía diferente era ver cómo su mundo se desmoronaba, y Alison se había convertido de repente en otra pieza del naufragio, más que su pareja. Necesitaba un respiro, aunque fuera fugaz y sin sentido.

Sonia le miró como si supiera en qué estaba pensando.

—Desearía poder animarte —dijo ella—, pero tampoco ha sido un buen día para mí.

—¿No?

—No, hemos tenido contratiempos.

Michael cerró los ojos. Algunas veces Dios apretaba hasta ahogar.

—¿Qué?

—El litigio de la patente. Al parecer un *hacker* ha accedido a tus correos internos y los ha pasado a los demandantes. Tienes que controlar tu temperamento, Michael. No nos beneficia. Dijiste cosas sobre el juez.

—¿Pueden hacer eso? ¿Pinchar mi *Wi-fi*? ¿Es legal?

—No, pero alegan que el material proviene de una fuente anónima y que sus manos están limpias. De todas formas, lo hubieran podido descubrir por otros cauces.

—¿Qué dije?

—Cuestionabas la inteligencia del juez. Y el tamaño de su pene. Te había advertido acerca de no escribir cosas que un día puedan echarte en cara.

—Oh, diablos, no —insistió Michael—. No dije nada parecido. Alguien ha estado manipulando los ficheros.

—Realmente no importa. No podemos volver atrás con el juez Davis. Nunca es bueno hacer del juez un enemigo. Tiene el poder de hacer que nuestras vidas sean miserables.

—¿Eso es todo?

—Por desgracia, no. Carl Flaten no va a desaparecer tampoco.

—¿Qué pasa ahora? Estoy tan harto de ese cabrón...

—Michael, por favor. Ha presentado una denuncia en la EEOC (Equal Employment Opportunity Commission). Dice que la renuncia al pleito que firmó cuando lo despedimos no es válida porque estaba siendo víctima de acoso sexual, y ha alegado violación de la privacidad de nuestro departamento de Recursos Humanos relacionado con su reclamación del seguro.

—¿Quién coño acosó a Flaten?

—Tú.

—¿Yo?!

—Él dice que le intimidaste y le humillaste.

Michael dio un puñetazo en su mesa.

—Jodido Carl, le pagamos una indemnización para que se fuera, así que haz que ese gusano asqueroso se largue.

Sonia se humedeció los labios con la punta de la lengua y suspiró antes de advertirle:

—Ya basta, Michael, no digas esas cosas y, sobre todo, no las escribas. Eso no ayuda en nada.

—Lo sé. Lo siento. Yo no soy así después de todo.

—Lo comprendo.

Michael se descubrió perdiendo el control. Un vaso sanguíneo latía con fuerza en su ojo derecho. Sus músculos estaban tensos y contracturados. No era la empresa ni los juicios. No era el juez Davis o Carl Flaten o Sonia. Se trataba de Alison. Él estaba cayendo en barrena y su mujer no estaba allí. Estaba solo.

—Hay días en que quisiera matar a alguien —dijo él.

Sonia sonrió.

—No lo hagas.

Ella se apoyó en sus largos dedos rematados por uñas rojas para levantarse de la silla. Era alta y sensual.

—Tus hombros están tensos —le dijo mientras se desplazaba detrás de la mesa de él—. Tengo dedos mágicos.

Stride encontró a Maggie Bei esperándole cuando llegó a las nueve de la noche a su casita de la orilla del lago. Estaba sentada cerca del fuego en el sillón de piel de él, con sus cortas piernas colgadas sobre el apoyabrazos. Una botella medio vacía de Riesling descansaba en la alfombra y ella hacía girar en su mano el pie de una copa de vino vacía. El mechón rojo de pelo le caía sobre los ojos.

—Lo siento, llego tarde —le dijo—. ¿Has comido?

—Tienes dos uvas y un huevo duro en la nevera —replicó Maggie.

—No voy a comer el huevo. Lleva tiempo ahí.

Stride se quitó su chaqueta de piel y se inclinó para besarla en los labios. Día tras día, deseaba que ese acto fuera más natural, pero no era así. El romance entre los dos había crecido torpemente. Maggie también lo sintió, y puso los ojos en blanco.

—Sé que soy irresistible, pero contrólate —dijo ella.

Maggie se levantó de la silla y estiró sus músculos en una postura de yoga. Cuando terminó, se quitó las greñas de los ojos en un gesto despreocupado y erótico. Su compañera parecía no tener edad. Stride no consideraba su bella cara asiática diferente de la que tenía hacía diez años, cuando ella tenía treinta, pero ése era parte del problema. Él siempre la había visto como una jovencita. Como una hija o como una amiga, pero no como una amante.

Ella se puso de puntillas y le besó de la forma en que se suponía que se tenía que hacer. Él sintió que respondía con deseo, pero ella lo cortó.

—¿Estás hambriento? —preguntó ella.

—Sí.

Maggie posó las manos en las caderas y arqueó sus cejas seductoramente.

—¿Quieres comida china?

—Podría comer comida china cada noche.

—¿De verdad? Creía que te habías cansado.

—De ninguna manera.

—Creo que ya casi estás harto.

—Maggie —dijo él.

—Estoy hablando de la cena. ¿De qué estás hablando tú?

Stride sintió como enrojecía de vergüenza.

—¿Qué tal si pido una *pizza*?

—Como quieras.

El teléfono de Stride sonó. Agradeció la interrupción.

—Stride al habla —dijo.

Al otro lado no se oyó nada.

—¿Hola? —dijo—. ¿Quién es?

Maggie prestó atención al presentir que había algo extraño en la llamada. Él pulsó el botón de manos libres para que ambos pudieran oírla.

—Soy el teniente Stride —repitió—. ¿Qué quiere?

Al final, alguien habló.

—Tengo una pregunta.

Era una voz de mujer, tan suave y rota que casi era inaudible. Stride oyó ruido de tráfico de fondo. Fuera quien fuese, estaba hablando desde un teléfono en el exterior.

—Tendría que hablar más alto —dijo Stride—. No puedo oírla.

—Tengo una pregunta sobre... sobre el caso de la Muerte Roja.

—¿Cuál es?

—Me estaba preguntando si hay detalles sobre el caso, sobre las víctimas, que no hayan trascendido a la prensa.

Stride se reclinó en la silla al lado del fuego. Maggie se puso en cuclillas a su lado para escuchar.

—¿Por qué? —preguntó él.

Oyó que la mujer dudaba. Su respiración. Había miedo en su silencio.

—Por favor, necesito saberlo —dijo ella.

—¿Saber qué?

—Las víctimas. Su ropa. Cualquier cosa que pueda contarme.

Maggie articuló con los labios: «Es ella». Stride asintió con la cabeza.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—No puedo decírselo. Todavía no.

—Si tiene información sobre el caso, tiene que venir y hablar conmigo —dijo Stride.

—Por favor. No puedo hacer esto a menos que esté segura. No puedo equivocarme.

—¿Sobre qué?

—Quién lo hizo.

—Si piensa que sabe quién es el responsable de esos crímenes, dígamelo —pidió Stride.

—No lo entiende. Si me equivoco...

—Tres mujeres han sido asesinadas —la interrumpió él con rapidez—. Tiene que contarme lo que sabe. Ahora. Esta noche. La protegeremos.

—Esto ha sido un error.

Lo oyó en su voz. Ella estaba a punto de salir corriendo. De escapar.

—No cuelgue —dijo él.

—Sólo dígame si hay algo más —le rogó ella—. Cualquier cosa. Si voy a hacer esto, tengo que estar segura.

—No es así como funciona. Usted me va a contar lo que sabe. Es lo que debe hacer.

—Tengo que irme.

La estaba perdiendo. Ella estaba al otro lado de un delgado hilo, alejándose.

Maggie le hizo señas y tiró de la etiqueta de la camisa que llevaba. Él le leyó el pensamiento inmediatamente. Cuando no jugaban a ser amantes, estaban en perfecta sincronía.

—Espere —dijo él—. Sólo dígame una cosa.

—¿Qué?

—Dígame cuál es su talla, la de sus blusas.

Oyó una respiración brusca al otro lado.

—Oh, no.

—Son tuyas, ¿no es verdad? —preguntó él.

De la boca de ella salió un ruido estrangulado, inarticulado, un grito ahogado de pánico.

No dijo nada más.

—¿Hola? —dijo Stride de nuevo, pero la línea estaba muerta.

Se había ido.

El agua hirviendo caía en cascada sobre el cuerpo de Alison. Su piel estaba adquiriendo un tono rojizo. Su rojo cabello mojado se pegó a su cuello cuando ella lo echó hacia atrás y puso su cara bajo el chorro de agua. Deseó poder permanecer para siempre en una concha detrás de la puerta de cristal, pero aun en el oasis de su baño, las hormigas la encontraron. Las sintió en su cuerpo, allí donde el agua goteaba en arroyuelos por el hueco de su espalda. Lucharon para adherirse a sus piernas impecables y siguieron el rastro blanco brillante de jabón entre sus pechos. No podía huir de ellas.

«Son tuyas, ¿no es verdad?».

El policía, el teniente Stride, había confirmado sus peores temores. Ella lo supo desde que vio la primera fotografía en los periódicos. Sus ropas estaban desapareciendo de su armario para pasar a exhibirse en los cuerpos de las mujeres asesinadas. Mujeres pelirrojas, como ella. Ella era el eslabón perdido. Aun sabiendo la verdad, no pudo decir nada. No pudo admitirlo ante Stride o ante sí misma. No podía decir una palabra.

Michael.

Alison cerró el agua y se secó con una toalla. Era tarde, casi medianoche. Él no había venido a casa y no habían hablado desde la breve conversación de la tarde. Evan estaba durmiendo, inocente y sin hacer ruido, como siempre, pero Alison no podía cerrar los ojos. Tenía miedo de las hormigas. Tenía miedo de lo que podía suceder mientras dormía.

¿Qué pasaría si otra mujer moría mientras ella luchaba con su conciencia?

Alison estaba desnuda y todavía húmeda cuando salió del baño. El dormitorio estaba iluminado sólo por la lámpara de su mesita de noche y envuelto en sombras. Algo iba mal, decidió de inmediato al ver el cambio en la habitación. Sus ojos nerviosos se clavaron en la puerta de entrada, antes cerrada y ahora abierta, dejando entrar un triángulo de luz. La puerta del armario también se encontraba abierta. Vio cómo la oscuridad se movía y adoptaba la forma de una silueta.

Alison gritó.

Era Michael. Estaba dentro del vestidor. Su armario, el que había sido asaltado en busca de prendas de ropa para vestir a sus víctimas.

—Por el amor de Dios, Ali —dijo su marido levantando las manos para tranquilizarla—, cálmate, soy yo.

Estaba expuesta y sintió la urgencia de taparse. Este hombre había dormido con ella durante más de una década y conocía las intimidades de su cuerpo mejor que ella misma. Aun así, se cubrió los pechos con los brazos y tensó las piernas para proteger el monte de Venus. Él se dio cuenta al instante. Apretó los labios.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué estás haciendo en mi vestidor? —siseó ella, con la voz estrangulada, pues apenas podía respirar.

Michael se acercó a ella. Todavía iba vestido con la misma ropa que llevaba por la mañana, aunque arrugada, y estaba pálido, parecía cansado. Retrocedió hasta que su espalda tocó la pared. Ella quiso decirle que se marchara, que la dejara sola; quería admitir que le tenía miedo.

—Las ardillas han vuelto —dijo él—. Las he oído en el tejado. Tómalo con calma, ¿de acuerdo? No intentaba asustarte.

—Creo que deberías irte.

Michael se sentó en el borde de la cama y se pasó la mano por los cabellos con aire frustrado.

—Tenemos que hablar, Alison.

—Ahora no.

—Entonces ¿cuándo? No podemos seguir así. No voy a vivir junto a la puerta de mi mujer. ¿No lo ves? Tarde o temprano no habrá vuelta atrás. Te quiero, pero me estás echando.

—Yo también te quiero.

Las palabras se escaparon de sus labios antes de que se diera cuenta de que las estaba pronunciando. Era verdad. Esa era la razón de su terror y sus dudas. Amaba a Michael y no quería perderle. Se negaba a creer que sus sospechas sobre él fueran ciertas. Él no. Su marido no. No un hombre que había dormido a su lado y le había hecho el amor miles de veces. Lo que pensaba que estaba pasando no podía ser cierto.

Quería convencerse a sí misma. Necesitaba que todo fuera como antes.

Dejó caer sus brazos a los lados, desvelando su cuerpo. Él se dio cuenta de que ella se le estaba ofreciendo. Su marido cruzó el corto espacio que había entre ellos de una sola zancada y la envolvió con sus brazos. Ella sintió la gracia gentil con la que la sostenía, las manos vagando por su espalda, la boca en sus labios, en su cuello y en el nacimiento de su pecho. Era alto y fuerte. Pudo sentir su excitación, ella también estaba excitada, como un río crecido empujando un dique. Ella dejó a un lado sus dudas; en la urgencia de su pasión, sus sospechas parecían una locura. No podían ser reales; eran alucinaciones. Como las hormigas.

Abrazada a él, enterró la cara en su cabello para inhalar su esencia, pero no era el aroma de su cuerpo lo que olió. Era un perfume de mujer, emanando de él como el sudor. No era su perfume. Era el de una desconocida.

Alison se tensó y lo empujó lejos de sí. Casi lo hizo caer. Se sentía una tonta por haber confiado en él.

—¿Qué coño has hecho?

Él la miró, hambriento, con deseo.

—No te entiendo.

Entonces, miró hacia abajo, hacia sus ropas, como si pudiera oler a la otra mujer, allí con ellos.

—Escucha, no pasó nada.

—Vete.

—Le dije que no. Me sentía vulnerable, pero te quiero a ti. ¿Significa eso algo para ti?

—Tú, hijo de puta. ¿Crees que no sé lo que está pasando?

Alison corrió hacia el baño y se encerró dentro. Él la siguió y aporreó la puerta. Ella sintió las iracundas vibraciones de la madera, pulsando su cuerpo. Él le gritó y ella se puso las manos en los oídos, intentando no oír su voz. Nunca más sería débil. No permitiría que la volviera a deslumbrar con sus mentiras.

Finalmente, se enfrentó a la verdad. Él era un monstruo.

Los monstruos tenían que ser destruidos.

Alison aparcó exactamente donde lo había hecho la noche anterior, en las proximidades de una tienda en la sección industrial del puerto, lo suficientemente cerca del agua para que se oyeran los grandes barcos cargando y descargando mineral ferroso. Echó un vistazo a la cabina de la pared cubierta de *graffiti* cerca de la puerta rota del servicio de caballeros. El último en usarla había dejado el teléfono fuera de la horquilla y el auricular colgaba al final de su cable metálico, balanceándose al ritmo del viento. La cabina era el punto de encuentro para los adictos en busca de drogas y para las prostitutas que querían informarse del número de habitación de hotel de sus clientes.

No quería usar un teléfono de algún lugar cercano a su oficina del centro donde pudieran verla. No quería que la policía pudiera localizar la llamada y llegar hasta ella. Si iba a traicionar a su marido, quería hacerlo de forma anónima. Más tarde o más temprano, todo se sabría, pero no ahora. Su único objetivo era facilitar el nombre y perderse entre las sombras.

Michael Malville.

Inspeccionó a la gente que frecuentaba el aparcamiento y su ansiedad se disparó. Tres chicos de veintitantos reunidos junto a las luces de neón del escaparate de la tienda fumaban y soltaban tacos mientras se empujaban los unos a los otros. Un estibador del muelle con la barriga sobre el cinturón salió tranquilamente por la puerta del servicio. Tenía el pantalón desabrochado y mostraba su blanca ropa interior. Una buscona asiática con minifalda rosa y un abrigo de piel falsa examinaba a los hombres de la gasolinera.

Alison no pertenecía a ese mundo. Su casa perfecta, su vida perfecta, estaban a kilómetros de allí, arriba en la colina, en los bosques, junio al lago.

Inspiró agitadamente mientras salía del coche y encendía un cigarrillo para calmarse. Percibió varios ojos recelosos que se posaban en ella. Enderezó la espalda y caminó con pausa hacia la cabina telefónica, ignorando los audibles cuchicheos de los chicos que valoraban su cuerpo. La buscona le guiñó un ojo, masticaba chicle y escuchaba por el móvil. Alison cogió el auricular de la cabina; el plástico estaba pegajoso y lleno de porquería incrustada. Echó un chorrito de desinfectante en un pañuelo de papel y lo limpió. Hizo lo mismo con el teclado.

Se preguntó si podía hacerlo.

Alison marcó.

—Stride al habla —contestó él inmediatamente, como si estuviera esperando que su teléfono sonara.

Dudó de nuevo, sintió como su coraje se desvanecía ante lo que significaba hacer esa llamada. No sabía si podría hablar.

—Sé que es usted —dijo Stride en medio del silencio—. ¿Está preparada para decirme quién es?

—Tiene que entender lo duro que es esto para mí —dijo ella.

—Tres mujeres han muerto. Fue duro para ellas.

Alison sintió como si la hubiera abofeteado, pero tenía razón. También sabía que no había posibilidad de mantenerse en el anonimato. No podía esconderse de lo que estaba haciendo o salvaguardar su identidad en secreto. Tenía que contárselo todo.

—Las blusas que vestían las víctimas —dijo.

—¿Sí?

—Son mías.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Yo tenía unas iguales. Todas. Ahora han desaparecido de mi armario.

—¿Quién las ha podido coger? ¿Quién tiene acceso a su armario?

Alison se cubrió la boca con la mano. No lo podía decir.

—¿Esta ahí? —insistió él—. ¿Quién ha podido cogerlas?

—Sólo un hombre —contestó ella.

—¿Quién es?

Ella cerró los ojos.

—Mi marido.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Era como si, al oír esas palabras, Stride hubiera entendido lo que significaba para ella decirlo. Reconoció la terrible línea que había cruzado.

—¿Cree que su marido es culpable de esos asesinatos? —preguntó.

Alison se dio cuenta de que estaba llorando en silencio. Apenas pudo musitar una palabra.

—Sí.

—¿Tiene alguna otra prueba que lo demuestre?

—Ha desaparecido un cuchillo de nuestra cocina —siguió ella—. Me di cuenta de que no estaba más o menos cuando se produjo el primer asesinato. No lo he vuelto a ver desde entonces.

—¿Algo más?

—Su coche —dijo ella—. Lo condujeron cincuenta kilómetros anteayer. La noche en la que murió la tercera chica. Comprobé el cuentakilómetros antes de acostarme. Me fui a la cama y lo volví a mirar por la mañana.

—Entonces ¿ya sospechaba de él en ese momento?

Pudo oír el tono acusatorio en su voz: «Y aun así no dijo nada. Una mujer fue asesinada por su silencio».

—No sabía qué pensar —dijo.

—¿Están solos usted y su marido en casa? —preguntó Stride.

—Nuestro hijo vive con nosotros. Tiene diez años.

—¿Alguien más tiene una llave de su casa?

—No.

—Ésta es una pregunta difícil —le dijo Stride—, pero ¿tiene alguna idea de por qué? ¿Por qué su marido haría algo así? ¿Hay algo en su pasado que sugiera que tiene una personalidad violenta?

—Nada —aseguró Alison.

No era una mentira. Michael no era una balsa de aceite, lo podía jurar, y tenía un temperamento vivo. Pero nunca lo había visto más que como un amante, un padre y un proveedor. Habían sido felices.

—Entonces ¿por qué?

Era la pregunta que se había formulado una y otra vez durante semanas.

—Creo que es por mí —dijo.

—¿Qué quiere decir?

—Me he alejado de él. Hemos tenido problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Problemas psicológicos.

«Cada noche sueño que las hormigas me vigilan desde el techo».

—Ha hecho lo correcto al llamar.

—Pues yo no lo siento así —dijo ella.

La vida nunca sería igual. Todo sería diferente. Todo sería mucho peor.

—Supongo que necesita mi nombre —añadió Alison.

—De hecho, no es necesario, señora Malville.

«¿Cómo sabe quién soy?».

Luego, tras el silencio que siguió, murmuró:

—Oh, Dios mío, ¿qué he hecho?

Alison colgó de golpe el teléfono. El pánico se apoderó de ella, pero no tenía posibilidad de escapar. La buscona asiática y el hombre con los pantalones desabrochados la estaban esperando; en sus manos sostenían sendas placas de policía. Los tres chicos —que no eran sino policías jóvenes— vigilaban su coche.

No había escapatoria.

—Soy el sargento Maggie Bei de la policía de Duluth —le dijo la buscona—. Le ruego que nos acompañe, señora Malville.

Michael Malville golpeó con las palmas abiertas la mesa de madera y maldijo.

—Esto es una jodida locura. ¿Me oye? Es una insensatez. Quiero hablar con Alison.

Stride y Maggie se sentaban delante de Malville en la sala de interrogatorios del ayuntamiento. Un fluorescente realzaba los rasgos de la cara del detenido, sombreando sus pómulos y haciendo brillar el sudor. Era un hombre atlético, atractivo, alto y fuerte.

Los asesinos eran de todas las formas y tamaños.

—Ahora mismo no es posible —dijo Stride.

—Me niego a creer que Alison haya dicho esto. No, de ninguna manera.

Stride guardaba silencio. Quería que la mente de Malville se concentrara en la traición de su mujer. El hombre había oído sus derechos en un silencio atónito y no

había reaccionado con el comportamiento habitual de los sospechosos, es decir, cerrar la boca y llamar a un abogado. La pretensión de Stride era que siguiera hablando cuanto más tiempo mejor.

—Si todo esto es un malentendido, queremos solucionarlo lo antes posible —le dijo Stride.

—Lo es.

—Bien, volvamos a las fechas de los tres crímenes. Todos se cometieron por la noche. ¿Puede decirnos dónde estaba esas noches?

Malville se reclinó en la silla y miró al techo. Movi6 la cabeza con incredulidad.

—Estaba en casa —dijo con calma.

—¿Estaba su mujer en casa también?

—Sí.

—¿Duermen en la misma habitación?

Malville dudó antes de contestar:

—Últimamente no.

—¿Por qué?

—Alison estaba agobiada. Le pasa algo.

—¿Algo?

—Tiene pesadillas.

Stride asintió.

—Entonces ella no sabe si esas noches usted sali6 de casa o no.

—No lo hice —insisti6 6l—. Dormí en mi estudio.

A una indicaci6n de Stride, Maggie extrajo tres fotografías de un gran sobre de Manila. Las desliz6 a trav6s de la mesa en direcci6n hacia Malville, que hizo una mueca al verlas.

—Probablemente vio estas fotografías de las v6ctimas en los peri6dicos o en la televisi6n —dijo ella—. El asesino las envi6 a los medios por correo electr6nico.

—¿Han rastreado los correos? —pregunto Malville.

—Estamos trabajando en ello —repuso Stride.

—Mi gente podría ayudarles. Mis ingenieros tratan con este tipo de temas continuamente.

—Entonces ¿debo suponer que la gente que trabaja en su compaía también sabría c6mo borrar esos rastros? —pregunt6 Stride.

Malville frunci6 el ceño.

—Es posible.

—¿Eso le incluye a usted?

—Sí —admiti6.

Maggie se inclin6 sobre la mesa.

—¿Reconoce las ropas que visten las mujeres en esas fotografías, seño Malville?

Su cabeza se lade6 por la sorpresa.

—¿Las ropas? No, por supuesto que no.

—¿Está seguro?

—¿Cómo voy a reconocer las ropas? No conozco a estas mujeres de nada.

—Eso no es una respuesta —dijo Maggie.

Malville suspiró y se acercó las fotografías de los rostros de las víctimas tocando sólo los extremos del papel. Examinó las partes de las blusas que se veían.

—No —dijo.

—¿Está seguro?

Se pasó las manos por la cara.

—Mire, no lo sé. Alison tal vez tenga algunas blusas similares. Soy un hombre. No presto atención a estas cosas. ¿Es ése el problema? ¿Que estas mujeres son pelirrojas con un gusto similar en la ropa al de mi mujer? Si eso es todo, entonces no considero correcto que se aproveche del frágil estado mental de mi mujer. Ella ve cosas donde no las hay.

Maggie miró a Stride, quien asintió.

—Su mujer afirma que ésas son sus ropas —dijo ella.

—¿Perdone?

—Sus blusas. Cogidas de su armario.

—Eso es ridículo. Probablemente las ha extraviado. O están en la tintorería. Yo no puedo encontrar mis tejanos favoritos, pero eso no significa que un asesino los haya robado.

—Las tres víctimas usaban el mismo perfume; el perfume de su mujer. Me di cuenta cuando la conocí.

—Estoy seguro de que un montón de mujeres usan su fragancia.

—¿Sabía que ha desaparecido un cuchillo de su cocina? —preguntó Stride—. ¿Un gran cuchillo de trinchar?

—No.

—Su mujer dice que advirtió su desaparición más o menos cuando se cometió el primer asesinato.

—Nunca lo mencionó.

—Ya ve los problemas a los que nos enfrentamos, ¿no, señor Malville? —preguntó Stride—. En este momento estamos registrando su coche. En breve registraremos su casa y su oficina. ¿Vamos a encontrar ese cuchillo?

Malville guardaba silencio.

—Hablando de su coche —añadió Stride—. Anteanoche, su mujer comprobó el kilometraje en su cuentakilómetros cuando se fue a la cama. Fue la noche en que se cometió el asesinato de Sherry Morton.

—¿Y?

—Pues que ella lo comprobó de nuevo por la mañana y vio que había recorrido cincuenta kilómetros por la noche.

—¿Qué?

—Cincuenta kilómetros es casi la distancia entre su casa y el apartamento de

Sherry Morton.

—Está mintiendo. No lo creo. Alison no dijo eso.

Stride y Maggie le miraron, dejando que la verdad se abriera paso en su mente.

—Considere las evidencias, señor Malville —siguió Stride—. Las prendas de su esposa desaparecieron y han acabado sobre los cuerpos de esas tres mujeres muertas. Un cuchillo ha desaparecido del interior de su casa. Su coche recorrió cincuenta kilómetros la noche en que se cometió uno de los asesinatos. ¿Puede encontrar alguna explicación? ¿Algo que no le señale a usted como el hombre que ha matado a esas mujeres?

Malville hizo una mueca.

—Se me ocurre otra posibilidad, pero debo de estar equivocado.

—¿Cuál es? —preguntó Stride.

—No puedo creer que esté diciendo algo así, pero no hay otra explicación que tenga sentido. Alison ha tenido que matar a esas mujeres.

Dejaron que Alison se marchara antes de la medianoche.

Recogió a Evan, que ya estaba dormido, de casa de su hermana y lo depositó en el coche sin despertarle. Evan dormía como un tronco. Alison condujo a casa, donde había tal silencio que parecía una catedral. Ella sabía qué le esperaba por la mañana. La policía haría acto de presencia. Patearían cada centímetro de su casa, tocarían sus cosas, figonearían en sus vidas y descubrirían sus secretos. Esta noche, por una noche más, podría estar sola. Por primera vez desde hacía semanas, podía sentirse segura.

Sin Michael.

Tumbó a Evan en su cama y lo tapó, aunque sabía que él se desharía de las mantas durante la noche. Miró cómo su hijo dormía y se preguntó cómo se lo explicaría. Lo que había hecho su padre. Lo que el futuro les deparaba a los dos. Se dio cuenta de que no tenía ninguna respuesta.

Alison se desvistió en su habitación y se puso un camisón de seda. Bajó las escaleras hacia la cocina, donde se sirvió un vaso de vino blanco para atemperar los nervios. Se lo llevó al comedor y se sentó al final de la mesa de roble como si estuviera haciendo de anfitriona de una fiesta con una multitud de huéspedes invisibles. Puso el vaso en un posavasos hecho de cristales rojos y negros, pero no lo tocó. Cuando parpadeó, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Había esperado sentirse mejor cuando lo hubiera hecho, pero no era así. La culpa le atenazaba el pecho. Tenía un regusto ácido en la garganta. Bajo su camisón, sintió como las hormigas se arrastraban por su piel. Seguían allí. Todavía bullían en el techo.

¿Tenía razón Michael? ¿Estaba loca?

—¡Fuera! —gritó en la habitación vacía—. ¿Me oís? ¡Dejadme tranquila!

Cogió el vaso de vino y lo tiró a la pared más lejana. El Sauvignon blanco se derramó sobre la mesa como un río. El vaso chocó contra la pared y se desintegró en una cascada de afiladas esquirlas. Algunos fragmentos aterrizaron en la mesa, y brillaban como diamantes bajo la luz de la araña de cristal. Miró sin creerse lo que había hecho, probó el sabor de la sangre en la boca cuando se mordió el labio inferior.

Se levantó y la silla cayó hacia atrás. Puso las manos sobre la mesa del comedor y cerró los ojos, sintió el ir y venir de su respiración. Sabía lo que tenía que hacer. Irse. Huir. Coger a Evan y largarse. Ahora se dio cuenta de que sus alucinaciones no tenían nada que ver con ella o con Michael. Era la casa que habían construido. La casa la estaba acosando. La casa era el mal. Se había colado dentro del cerebro de su marido y lo había convertido en un asesino. La casa había empezado a devorar su propia cordura.

Huye.

Huyó del comedor sin levantar la silla ni recoger los pedazos del vaso. En la cocina, se quedó rígida como una estatua, pensando en lo que tenía que meter en la maleta. Podía reunir su vida entera en una sola maleta y aun así estaría medio vacía. De repente, no había casi nada en ese lugar que quisiera recordar o conservar. No quería las fotografías de la repisa sobre la chimenea. No quería los anillos, los collares, las pulseras. Tampoco quería la ropa porque pensaba en ellas, veía las caras de las mujeres muertas vestidas con sus prendas. Preferiría deshacerse de todo y donarlo a una organización benéfica.

No tenía ni idea de cuándo volvería, si es que lo hacía. Dejaría la casa a la policía. De todas formas, sin Michael, nada la retenía ya allí. La vida que había conocido se había acabado y todo lo que podía hacer era romper los lazos que la ataban a ese lugar y volver a empezar.

Su cocina.

Si iba a echar algo de menos, sería el tiempo que había pasado ahí durante las vacaciones, con los olores de la buena comida difundiéndose por el aire. Todos juntos. Evan leyendo sus cómics. Michael escribiendo en su portátil. Alison sazonando el asado con especias y picando las verduras con mano experta. Podía cortar una cebolla con un cuchillo en perfectos cubos blancos.

El cuchillo.

Alison miró con incredulidad la encimera de la cocina. La tabla de cortar con sus cuchillos estaba junto al fregadero, en la misma posición que siempre. En cada ranura había un cuchillo. Un mango negro sobresalía del agujero que se había mofado de ella durante semanas. Ninguno de los cuchillos había desaparecido. El cuchillo que había estado ausente estaba de vuelta como si nunca se hubiera desvanecido, como si nunca hubiera mutilado los cuerpos de tres mujeres inocentes.

Empezó a dudar de sí misma. ¿Había desaparecido de verdad? ¿Lo había imaginado?

¿Qué le estaba pasando?

Alison alargó la mano con los dedos curvados como una garra mientras se aproximaba a la encimera. Apenas se atrevió a tocar el cuchillo, como si fuera a desaparecer cuando lo alcanzara. Pero el mango era real y sólido. Lo sacó lentamente; al levantar la hoja en el aire, su boca esbozó una «O» de horror. El metal mate estaba cubierto con una costra de vetas carmesí secas. Era una máquina de matar, sangrienta desde su última carnicería.

—¿Mami?

Alison se dio la vuelta asustada, esperaba que Michael estuviera detrás de ella. Aferró el cuchillo frente su pecho para protegerse. En su lugar, vio a Evan al pie de los escalones, mirándola con el miedo reflejado en sus grandes ojos. Ella chilló y dejó que el cuchillo se escurriera de sus dedos. Repiqueteó en el suelo.

—Oh, Dios mío —murmuró ella, corrió hacia su hijo y se puso de rodillas; lo levantó entre sus brazos y lo tranquilizó con besos—. Oh, Evan, lo siento, lo siento. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no estás durmiendo?

Evan lanzó una mirada al vacío vestíbulo escaleras arriba, donde ambos pudieron ver la puerta cerrada de su habitación. Su expresión era grave y madura. Se inclinó hacia su madre y susurró en el oído de Alison:

—Es el Diablo Escupidor —le dijo—. Está aquí.

Alison acariciaba el cabello de Evan mientras le sostenía.

—No te preocupes, cariño, has tenido una pesadilla. Ahora estás a salvo conmigo. Su hijo negó con la cabeza firmemente.

—No es un sueño. Él es real.

—¿Has leído algo en uno de tus cómics? ¿Los has estado leyendo en la cama de nuevo? Te dije que no lo hicieras.

—Le he visto —insistió Evan—. Vive en mi armario.

Alison miró a su hijo confundida.

—Evan, cielo, ¿de qué estás hablando?

—Se mueve por la noche —explicó el niño—. A veces le oigo toser. Finjo que estoy dormido, pero le veo en mi habitación cuando va y viene.

—¿A quién?

—Al Diablo Escupidor.

—Evan, te he dicho que no inventes historias así. Es espeluznante. Me estás asustando.

—No, mami, escucha. —El niño le puso una mano en la oreja y volvió a susurrarle—. Creo que quiere matarnos.

Alison se tensó, consternada. Agujas frías recorrieron su piel.

—¿Matarnos? No hables de ese modo. ¿Por qué dices eso?

—Le he visto con un cuchillo —explicó Evan.

Alison se levantó lentamente, como un fantasma saliendo de una tumba y habló a su hijo con una voz serena, suave.

—Tienes que ser sincero conmigo ahora, Evan. No puedes mentir ni fingir, ¿vale?

Esto es muy importante. ¿De verdad has visto un hombre con un cuchillo en esta casa?

—Ya te lo he dicho. Vive en mi armario.

Ella miró la puerta del dormitorio de Evan situada sobre ella e intentó discernir entre lo que era real y lo que no. Su hijo tenía una imaginación rica, alimentada por ese voraz apetito por los libros fantásticos. También cabía la posibilidad de que Evan hubiera visto a Michael llevándose el cuchillo de casa e inventado un relato imaginario para explicar la conducta de su padre. Era un mecanismo de defensa infantil para explicar algo que a su juicio estaba mal.

Alison podría haber estado segura de que el Diablo Escupidor en el armario de Evan no era nada más que un mal sueño si no fuera por una cosa.

Las hormigas.

Las hormigas que vivían en el techo y en sus pesadillas. Vigilándola. Atormentándola. Un millón de ojos llevándola a la locura.

¿Era real su paranoia? ¿Se debía a que su cerebro había conjurado a las hormigas para mandarle un mensaje? El mismo mensaje una y otra vez. «No estás sola».

—Evan, ¿durante cuánto tiempo has estado viendo a este hombre? —murmuró.

—No lo sé. Desde que empezó a hacer frío.

Desde que empezó a hacer frío y las mujeres empezaron a morir.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Pensaba que era culpa mía que estuviera aquí.

Alison no sabía qué creer. Vio la sinceridad en la cara de Evan y sabía que él lo creía. Se volvió a agachar frente a su hijo y le sonrió de forma tranquilizadora.

—Quédate aquí —le dijo—. Me aseguraré de que no hay nadie en tu armario. ¿De acuerdo?

—Ten cuidado, mami. No dejes que te escupa.

—No lo haré.

Alison puso a Evan en una de las sillas de la cocina, cogió algunos cómics de una pila situada sobre la parte superior de la nevera y se los dio. Abrió el armario de los trastos y sacó una pesada linterna plateada que había pertenecido a su abuelo. Con un arma y una luz en la mano, subió las escaleras hacia la oscuridad de la segunda planta. Cuando estuvo en la puerta de Evan, dudó, pero giró el pomo y entró. Dirigió el haz de luz al desordenado espacio y los ojos de plástico de los osos de peluche brillaron. Se detuvo en medio de la habitación, escuchando el silencio. Inhaló pero sólo olió el cigarrillo que se había fumado en el coche. No había nada fuera de su lugar.

La puerta del armario de Evan estaba abierta unos quince centímetros.

Alison abrió la puerta con el pie y se tensó. Pero nadie saltó hacia ella. Nadie le escupió. No había demonios. Examinó con la luz cada centímetro del suelo del armario y sólo vio las cosas desordenadas de Evan apiñadas en pequeños montones. El hombre con el cuchillo era sólo un villano de cómic. No era real.

Casi lo lamentaba. Casi había deseado que fuera verdad.

Cuando Alison ya se retiraba, el haz de luz de la linterna barrió hacia arriba y destelló en un pequeño anillo dorado en la pared. Alrededor de él, vio el contorno de un panel de acceso cuadrado y se dio cuenta de que una de las escaleras desplegadas que conducían al extenso ático sin terminar estaba en el armario. Se estremeció ante la extraña coincidencia de que el armario de su hijo, donde vivía su Diablo Escupidor, condujera arriba, a un espacio que se extendía por toda la casa.

Era un campo de espionaje para las otras habitaciones de arriba. Incluyendo su dormitorio y su baño.

De pie en el armario, vacilante y asustada, Alison se percató de que algo había cambiado en su cabeza. Las hormigas se habían ido. Habían huido. Por primera vez en meses, no las sentía ni las oía sobre su cabeza.

Quizás habían comprendido finalmente su mensaje, quizás habían oído lo que su mente les había estado gritando.

«Mira arriba».

Apagó la luz. En la oscuridad tiró de la anilla dorada, esperando el gemido de los goznes de la puerta de acceso. Sin embargo, la puerta se abrió silenciosamente, como si hubieran engrasado las bisagras hacía poco. Se estiró para desenganchar a tientas la escalera de mano; la estructura de acero se deslizó con suavidad hacia el suelo, creando una estrecha y angulosa escalera que conducía al nivel superior.

Alison volvió a escuchar. Oyó como el viento soplaba a través de los picos del tejado. Una ráfaga de aire fluyó sobre su cara. Puso un pie desnudo en el metálico y frío escalón. Apoyó las manos en los raíles para ayudarse a subir. Ascendió en la oscuridad. Cuando metió su torso en el hueco, el viento se tornó en un vendaval. Se estremeció cuando accedió desde la escalera hasta el suelo de contrachapado.

Buscó el interruptor de la linterna y se paralizó.

Detrás de ella, alguien tosió.

—Hemoptisis —dijo Maggie a Michael Malville.

—Nuestro hombre expulsa al toser partículas microscópicas de sangre —añadió Stride.

Malville se golpeó el pecho con el puño.

—¿Parezco enfermo? Soy nadador, por el amor de Dios. Nado cien largos a la semana en el gimnasio. ¿Cree que podría hacerlo si mis pulmones estuvieran tan débiles como para toser sangre?

—No, no lo creo —reconoció Stride.

—Entonces, deje que me vaya. Yo no he sido.

Stride sacudió la cabeza.

—Por desgracia, señor Malville, nuestros técnicos han encontrado en su coche el mismo tipo de patrón de partículas de sangre hallado en las casas de las víctimas.

—Eso es imposible.

Stride deslizó una foto a través del escritorio. Mostraba el volante y el salpicadero del coche de Malville tratados con luminol. La dispersión de pequeños puntos azules semejaba pintura salpicada de una brocha.

—La sangre en los escenarios de los asesinatos pertenece a un hombre —añadió Maggie—. No fue su mujer.

Malville miró la fotografía.

—Hágame una prueba en los pulmones. Adelante. No soy yo.

—Entonces ¿quién?

—No lo sé. Todo lo que puedo decirle es que soy el único hombre que ha conducido ese coche y que yo no tengo ninguna enfermedad pulmonar.

—¿Conoce a alguien que sí?

—Posiblemente, pero no voy haciendo pruebas de rayos X a mis amigos. Y tampoco voy repartiéndoles las llaves de mi coche.

Stride se inclinó hacia la mesa. Todos estaban exhaustos. Habían hablado sobre el tema una y otra vez durante varias horas.

—Por si le sirve de algo, señor Malville, no estoy convencido de que usted lo hiciera. Sin las evidencias de sangre en los escenarios de los crímenes, probablemente usted estaría ya encerrado en una celda por todo lo que nos ha contado su mujer. Pero como tenemos esas evidencias, eso significa que la prueba de ADN le implicará o le descartará. Imagino que usted tiene razón y que no está enfermo, por lo que quedará descartado como sospechoso. Pero eso no cambia la situación. Tenemos salpicaduras de sangre en su coche que encajan con las de los crímenes y, si no le pertenecen a usted, ¿a quién narices pertenecen?

—También está el tema del kilometraje por la noche —añadió Maggie—. Si su mujer está en lo cierto, alguien condujo su coche hasta el apartamento de Sherry Morton y volvió.

—Y asimismo está el asunto del cuchillo desaparecido en su casa —dijo Stride.

Malville frunció el ceño.

—A menos que piense que mi hijo de diez años ha aprendido a conducir por sí mismo, no hay nadie más en nuestra casa.

—¿Quién más tiene acceso?

—Ya se lo he dicho, nadie.

—¿Parientes? ¿Personal de mantenimiento? Pintores, fontaneros, limpiadores, ¿alguien que haya podido coger un cuchillo o hacer copias de las llaves de su vehículo?

—No, no, no, no hay nadie.

—No fue un fantasma —le dijo Stride—. Alguien estuvo dentro de su casa. Alguien condujo su coche.

Malville soltó una risa falsa al esforzarse en buscar una explicación.

—Bueno, mi hijo piensa que tenemos un Diablo Escupidor.

—¿Qué?

—Oh, es algo que ha leído en un cómic. Es un demonio que vive en tu casa y comete fechorías.

Los ojos de Stride se estrecharon.

—¿Por qué piensa eso su hijo?

—Es sólo un niño, teniente. Los niños tienen una imaginación muy rica.

—Puede ser, pero ¿han sucedido cosas malas en su casa?

—¿Cosas malas? En realidad, no. Evan simplemente ha estado sobreactuando por los problemas entre Alison y yo. Ayer rompió una de las piezas de la colección de Alison y no lo admitió. Durante las últimas semanas se han producido pequeños incidentes como ése. En lugar de decirnos que está disgustado, ha creado un monstruo para que cargue con la culpa.

—¿Qué más ha hecho? —preguntó Stride.

—Teniente, espero que no esté sugiriendo que mi hijo es un asesino en serie.

—Sólo quiero saber qué otros problemas ha observado en su casa.

Malville se encogió de hombros.

—Ha desaparecido comida. Galletas, queso, sobras. Evan ha entrado en mi despacho un par de veces, aun cuando sabe que lo tiene prohibido. Ha movido mis papeles. Ha usado mi ordenador.

—¿Y si no fue Evan? —le preguntó Maggie.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, ¿cabe la posibilidad de que sea otra persona la responsable de estos incidentes?

—Ya se lo he dicho, no hay nadie aparte de nosotros en la casa —dijo Malville.

—¿Está seguro? —preguntó Stride.

—¿Que si estoy seguro? ¿Qué diablos está diciendo?

—Quiero decir, ¿hay algún lugar en su casa donde alguien se pudiera estar escondiendo? —preguntó Stride.

—¿Está sugiriendo que un extraño podría estar viviendo en mi casa?

—¿Es eso posible?

—Bueno, tenemos un ático sin terminar, pero eso es una locura.

—No necesariamente. Pasa más a menudo de lo que piensa. Las personas sin hogar se construyen a veces un refugio en un lugar sin uso, del que sólo salen cuando la familia está fuera o está durmiendo. Los incidentes que describe casan con esa posibilidad.

—¿Piensa que alguien podría estar viviendo en mi casa durante meses sin que yo lo advirtiera?

—Al parecer sí lo advirtió —le explicó Maggie—. Lo único que no se dio cuenta de lo que podía significar. ¿Ha sucedido algo más que parezca inusual?

Malville abrió la boca para protestar de nuevo, pero luego la cerró al recordar algo.

—Mis correos electrónicos —dijo.

—¿Qué ha pasado con ellos?

—Alguien pirateó mis correos internos. Entraron en mi *Wi-fi* y enviaron mis correos a los demandantes en un juicio contra mi empresa. La otra parte alegó que la información procedía de una fuente anónima.

—¿Podría haber hecho eso alguien desde dentro de su casa? —preguntó Stride.

—Sin duda.

—Si es cierto, no parece el tipo de riesgo que afrontaría un extraño sin hogar —dijo Maggie—. Parece una cuestión personal.

—¿Tiene usted algún enemigo? —preguntó Stride.

—Dirijo una empresa. Cuando te dedicas a eso, hay gente a la que no le gustas.

—¿Hay alguien en particular?

—Coja un número —replicó Malville—. He tenido que despedir a muchos empleados a causa de la recesión. La gente me está demandando. Todo el mundo me tiene rencor.

Stride sacudió la cabeza.

—Esto es algo más que rencor, señor Malville. Estamos hablando de una persona capaz de cometer varios asesinatos brutales. Una persona que desea destruirle a usted y a su familia. ¿Conoce a alguien semejante?

La cara de Malville, que estaba inexpresiva y confundida, volvió lentamente a la vida. Un horror profundo se extendió por sus facciones.

—Hay un hombre.

—¿Quién? —preguntó Maggie.

—Carl Flaten —dijo Malville—. Es un ingeniero de *software*. Le despedí.

—¿Por qué?

—Carl era brillante pero bastante antisocial. Muchos de ellos son como Rain man, aunque inofensivos. Carl no. Él sabotaba el material de los compañeros con los que no congeniaba, usó tecnología de la compañía para desarrollar videojuegos de mal gusto, mantenía una actitud insultante con nuestros clientes. Le conservé más tiempo del que hubiera debido porque era un genio pero, finalmente, tuve que prescindir de él. Fue hace unos tres meses.

Malville hizo una pausa, movió la cabeza, y luego añadió:

—También le pasaba algo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Stride.

—Estaba enfermo.

La tos traqueteó como el sonido de la muerte.

Alison se dio la vuelta impulsivamente, iluminando el rincón del ático con el haz de su linterna. Allí estaba. El Diablo Escupidor que vivía en su casa era alto y escuálido, como un esqueleto andante, y las ropas colgaban de su silueta. Reconoció

el jersey negro de cuello alto y los tejanos que vestía: eran de Michael. La demacrada cara del hombre tenía una palidez fantasmal. El sucio cabello rubio caía sobre su frente. Era joven pero parecía un anciano, salvo por los brillantes ojos azules que la atravesaban con cruda malicia.

Detrás de él, Alison vio varias mantas viejas remetidas juntas en el suelo; las había cogido de su armario. En una bandeja de madera había restos de comida robada de su nevera y de su congelador. Vio un portátil que se alimentaba de un cable que subía por la pared y desaparecía dentro de un conducto eléctrico. Las vigas desnudas del ático le rodeaban, y había colgado docenas de fotografías de los clavos que sobresalían del tejado y ondeaban a causa de las corrientes de aire.

Reconoció fotografías en color de ella tomadas de cerca. Desnuda, entrando y saliendo de la ducha. Imágenes de ella y de Michael haciendo el amor, de hacía semanas, antes de que ella le echara de su dormitorio. Imágenes de mujeres pelirrojas, vestidas con sus ropas, muertas por docenas de puñaladas.

Él tosió de nuevo y un esputo salió de sus pulmones y llegó a su boca. Se lo enjugó con la manga.

—Lo has hecho, ¿no es verdad? —preguntó con voz áspera—. Lo has entregado a la poli. Sabía que lo harías.

—¿Quién diablos es usted?

—Soy Carl —dijo él—. ¿No te acuerdas de mí?

—No.

—Me has visto en la oficina de tu marido docenas de veces, pero mirabas a través de mí. Yo no soy nadie para una mujer como tú. Era invisible.

—Carl Flaten —murmuró ella cuando su cerebro juntó las piezas.

—Correcto. Ya no me olvidarás, ¿no es verdad?

Alison le reconoció, aunque su aspecto estaba muy desmejorado con respecto al hombre que ella recordaba. También conocía las historias que Michael le había contado sobre su conducta sádica en la oficina. Si no le caías bien, te atormentaba, como un niño con un insecto dentro de un vaso. Él podía oler las debilidades de una persona y explotarlas.

—¿Mi marido le despidió? ¿Es por eso?

—Oh, hay mucho más que eso. —Carl dio un paso hacia ella y Alison retrocedió—. Solía verte saliendo con él, ya sabes. Eso me ponía enfermo. Michael lo tenía todo. Dinero de sobra en los bolsillos. Poder para dirigir las vidas de los demás. Un hijo del que presumir. Y tú. Esa mujer hermosa que podía follarse siempre que quisiera. ¿Y qué tengo yo? Un cáncer terminal, eso es lo que tengo. ¿Te parece justo? Tengo veintiséis años.

—Tiene razón, no es justo. Lo siento.

—Cierra el pico. No necesito tu compasión. Yo soy quien tiene el poder ahora. Un hombre invisible que controla toda vuestra vida. ¿Cómo te sientes, Alison?

Carl Flaten rio y luego tosió tan fuerte que sus rodillas se doblaron. Ella avanzó

un paso hacia el hueco del suelo, buscando una vía de escape, pero él sacó un sacacorchos con una punta afilada en forma de espiral de su bolsillo frontal y lo cogió entre los dedos. De un clavo de la pared, tomó una sierra de veinte centímetros con dientes irregulares oxidados. Bloqueó el camino hacia la escalera que conducía al armario de Evan.

—Michael me tiró a la cuneta como si fuera basura —le dijo—. El cabrón pensó que era mejor que yo, a pesar de que estaba amasando una fortuna con mi cerebro. Él lo tenía todo y a mí me dejó sin nada. No me iba a arrastrar para retirarme y morir de esa manera. No iba a permitirle que ganara. Por eso, planeé cómo cometer el crimen perfecto. La venganza definitiva. Decidí robarle su vida perfecta.

—¿Asesinando a mujeres inocentes? —repuso con dureza Alison—. No eres más que un *friki* loco.

—¿Loco? ¿Eso es todo lo que puedes decirme? Mi plan era brillante. Como un perfecto programa informático de diseño. Al principio todo lo que quería era vivir dentro de la casa de Michael, ser una parte de su vida sin que él tuviera una jodida pista, pero entonces me di cuenta de que podía tener mucho más. Podía separaros. Podía apartarlo de tu cama. Podía poseer la mente de su esposa. Mira lo que te he hecho. He logrado que creyeras que el hombre que amabas era un monstruo. He conseguido que lo traicionaras. Has hecho justo lo que programé que harías, Alison.

—No soy uno de tus ordenadores —le dijo ella—. Yo soy una persona. Como lo eran las mujeres que asesinaste.

—¿Piensas que me preocupan? ¿Piensas que tú me importas? Me estoy muriendo.

Él dio un paso adelante, amenazador. Su mano izquierda levantaba la sierra bien alto. Ella sabía qué pasaría a continuación.

—¡Apártate de mí! —gritó Alison.

Ella apagó la linterna. El ático se quedó a oscuras cuando él cargó contra ella. Alison oyó el ruido atronador de sus pasos y se aovilló, él pasó por encima de su cuerpo y cayó pesadamente detrás de ella. Alison se puso en pie con dificultad y corrió hacia la escalera de salida, pero al hacerlo, resbaló en el serrín y le fallaron las piernas. Cayó boca abajo, y jadeó cuando el impacto vació sus pulmones de oxígeno. La linterna rodó fuera de su alcance. Antes de que pudiera levantarse, Carl aterrizó sobre su espalda y pasó uno de sus esqueléticos brazos alrededor de su garganta.

La punta retorcida del sacacorchos pinchó su cuello. Alison jadeó, sintió una punzada de dolor y un hilo templado de sangre resbalando por su piel. La boca de él estaba pegada a su oído, y oyó el ruido sofocado de su respiración trabajosa. Tosió desde el fondo de sus pulmones, rociando una neblina sobre su cara. Ella se retorció debajo de él, luchando para sacárselo de encima, pero él mantuvo la presa con fiereza y hundió aún más el sacacorchos, haciendo una incisión más profunda.

Alison sintió algo más. Algo peor. Los dientes de la vieja sierra se posaron en el bulto de su arteria carótida. Sintió el mordisco de un vampiro. Sólo con un tirón, él podía hacer manar su sangre como una fuente, directamente desde su corazón hasta el

sucio suelo del ático.

—Ahora puedo arrebatarte lo que queda de su vida —susurró él—. Su mujer. Y su hijo.

—No —jadeó ella.

Carl empezó a serrar su carne, pero se detuvo. La luz de una linterna bañó sus caras. Alison quedó cegada y sus ojos se cerraron con fuerza. Oyó una voz joven a sólo unos centímetros de distancia y su corazón se paralizó.

Evan.

—¡No me das miedo! —bramó el chico.

El haz de luz centelleó cual cometa en el cielo nocturno hacia la cabeza de Carl Flaten cuando el chico lanzó la linterna con toda la potencia que pudo reunir en sus dos pequeñas manos. Aterrizó con un crujido de hueso en un lateral del cráneo del agresor, con la fuerza suficiente para que él cediera en su presión y Alison tuviera una oportunidad de liberarse de su agarre con un poderoso empujón de su torso. La luz desapareció.

—Evan, ¡escóndete! —gritó.

Alison oyó a Carl Flaten dirigiéndose de nuevo hacia ella, tambaleante. Cuando chocaron, los dos lucharon en la oscuridad. Ella clavó sus largas uñas en los ojos de él. Con la pierna doblada, le dio un rodillazo en la ingle. Presa del dolor, él blandió la sierra a ciegas, y la hoja mate rajó el hombro de ella haciéndola sangrar. Ella se tiró al suelo y la sierra silbó sobre su cabeza por segunda vez y casi la alcanza. Alison agarró el tobillo del Flaten en un intento por derribarlo, pero el cuerpo de él se arqueó preparándose para clavarle la sierra en su cráneo como la cuchilla de un carnicero. Ella se hizo a un lado justo en el momento en que el metal restallaba a través del frío aire hasta impactar en el suelo del ático.

La hoja metálica se quedó enterrada en la blanda madera. Ella oyó sus vibraciones. Carl intentaba por todos los medios liberar la sierra y ella siguió el ruido de su respiración agitada. Saltó hacia delante con los dos brazos extendidos y le golpeó con los puños en el centro del pecho mandándole hacia atrás. La fuerza de su ataque la arrastró con él y ambos parecieron volar, en una caída en cascada, hasta que el cuerpo de Carl chocó con la velocidad de la gravedad contra el bajo tejado en ángulo del ático.

Un grito ahogado murió en la garganta del hombre. Luego, se hizo el silencio.

Alison gateó para alejarse, esperando que Flaten se pusiera en pie, pero no oyó ningún movimiento, apenas un nauseabundo gorgoteo que procedía de su pecho. En un rincón del ático, Evan accionó un interruptor de la luz y Alison vio a Carl Flaten retorciéndose contra las vigas del tejado, con el cuerpo contorsionado en un extraño ángulo. Instintivamente saltó hacia atrás, pero él estaba clavado allí, como una mariposa en una colección. De su labio inferior salían hilos de sangre. Sus ojos parpadeaban con frenesí. Las piernas se le movían espasmódicamente arañando el suelo polvoriento. Cuando por fin se liberó, no pudo mantenerse en pie. Cayó a

cuatro patas e intentó avanzar hacia ella, retorciendo la cara y ahogándose. La sangre teñía su cara y sus hombros.

En la pared, Alison vio la larga y sangrienta hilera de clavos que habían penetrado en el cuello y en la cabeza de Flaten.

Ella no se movió.

—Evan, baja las escaleras y llama a la policía —dijo con calma.

Su hijo estaba paralizado, observando con fascinación los movimientos espásticos del hombre tendido en el suelo.

—Por favor, cariño, ve ahora —le pidió ella.

Evan asintió y bajó, dejando a Alison sola en el ático. Ella cruzó los brazos para contener los escalofríos. Mientras esperaba, sentía como el viento movía su rojo cabello. Esperó, de pie cerca de Flaten, hasta que cesó la agitación de sus miembros y dejó de moverse. Permaneció allí varios minutos, llorando, paralizada. Cuando Michael apareció finalmente a su lado, la abrazó y se la llevó.

Stride aguardó en el frío del exterior de la casa de los Malville mientras el equipo médico retiraba el cadáver de Carl Flaten. En la calle, vio a Michael y a Alison Malville subiendo a un coche de la policía de Duluth. Su casa era el escenario de un crimen, y aunque nada les impedía quedarse allí, Alison Malville había dejado claro que no tenía ninguna intención de dormir bajo ese techo de nuevo. Algunos fantasmas no pueden exorcizarse. Stride les había ofrecido escoltarlos a un hotel del centro.

—Un montón de gente inspeccionará sus áticos y sus sótanos mañana —dijo Maggie.

—Sí.

—Nadie quiere descubrir que está viviendo con un extraño —añadió ella.

Stride no replicó.

Cuando el coche patrulla pasó a su lado, cruzó varias miradas con el matrimonio. Michael ocupaba el asiento del copiloto. Alison iba detrás con su hijo. No había ira en sus caras. De hecho, no había ninguna emoción, sólo el *shock*. La crisis nerviosa vendría después. Stride había sufrido en el pasado sus propias experiencias cercanas a la muerte y sabía que no puedes sacártelas de encima como un abrigo. Se aferran a ti. Sobreviven.

—¿Crees que esos dos serán capaces de recomponer las piezas? —preguntó Maggie.

Stride siguió el rastro de luz del coche patrulla hasta que se perdió tras los árboles.

—¿Puede uno superar la idea de que tu esposa creía que eres un asesino?

—Si ellos se separan, la Muerte Roja gana. Él les habrá robado su vida perfecta.

—Nada es perfecto —dijo Stride.

Stride miró las sombras de los oficiales de la policía y de los técnicos forenses que se movían detrás de las ventanas de la casa. La escena estaba protegida, pero el trabajo aún proseguiría el resto de la noche. Tenía tiempo de escaparse por unas horas.

—Me voy a intentar dormir un poco —anunció.

—Buena idea.

—¿Vienes conmigo?

No sabía por qué se lo había preguntado. Los dos habían dormido juntos en la cama de él durante semanas. Aun así, él sabía la respuesta antes de que ella contestara.

—De hecho, creo que me iré a mi casa —le dijo Maggie—. Tengo que hacer algunas cosas allí por la mañana.

—De acuerdo.

—A menos que no estuvieras hablando de dormir —dijo ella.

—Así es.

—Está bien, me lo imaginaba. ¿Mañana por la noche, tal vez?

—Claro.

Pero no sería la noche del día siguiente. No volvería a ocurrir nunca. Algunos amigos no funcionan como amantes. Ambos lo sabían y no tenían que decirlo.

A nadie le gusta vivir con un desconocido.

—Te veo mañana, jefe —dijo Maggie.

Stride asintió.

—Buenas noches, Mags.

Alison y Michael descansaban el uno junto al otro en la oscuridad, cogidos de la mano de forma distendida. Evan dormía plácidamente en la habitación del hotel sobre una cama plegable, pero ellos dos estaban despiertos y en silencio. Llevaban varias horas sin decirse nada. Ella sabía que tenían un largo camino por recorrer y no tenía ni idea si podrían conseguirlo. Ni siquiera sabía cómo empezar.

—¿Puedes perdonarme? —murmuró al final.

Michael hizo una larga pausa antes de contestar.

—No te hagas esto ahora —dijo.

Ella sabía lo que realmente quería decir: «No me hagas esto ahora. No me hagas escoger. No sé si podré confiar en ti de nuevo. Te permitiste creer algo terrible que no era cierto. Perdiste la fe en mí».

—Lo siento —dijo ella.

—Los dos tenemos cosas de las que disculparnos. Estuve a punto de... —se paró.

—¿Qué?

—Nada. Ahora no.

—Por favor.

Michael rodó sobre su lado. Ella apenas podía ver sus ojos.

—Estuve a punto de pedir el divorcio. Estuve a punto de engañarte. Estuve a punto de abandonar.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que no fuiste tú y que no fui yo. Los dos fuimos víctimas.

Tenía razón, pero ella se preguntó si eso cambiaba algo. Abrió la boca para decir algo más... para suplicar, para rezar, para buscar respuestas... pero él puso un dedo en sus labios.

—No hables —le susurró.

También tenía razón en eso. No podrían solucionar nada ahora.

Sus dos cuerpos cálidos uno junto a otro. Era extraño y a la vez familiar tenerle en la cama otra vez después de varias semanas de separación. Él estuvo despierto al lado de ella durante mucho tiempo, pero de pronto, oyó como su respiración cambiaba y supo que se había quedado dormido. Ella deseó poder dormir también, pero sus ojos permanecían abiertos. No había hormigas. No había ningún Diablo Escupidor. Aun así, se descubrió mirando a ciegas a través de la oscuridad al techo de la habitación de hotel, escuchando los pasos de inocentes desconocidos moviéndose sobre ella.

CUESTIONARIO «PRIMERA Y ÚLTIMA VEZ» A BRIAN FREEMAN

El último libro que has leído.

Lo admito, es uno de los míos. Estoy trabajando en una nueva historia de Cab Bolton, el protagonista de Marcado a fuego; por eso he querido releer esa novela, para estudiar a fondo los giros y la trama.

La última vez que algo te asustó.

Me suelo asustar cuando conduzco de noche. Veo cosas en la oscuridad.

La última vez que quisieron ligar contigo.

Bueno, siempre que voy a algún acto me encuentro con lectores que me hacen muy buenas preguntas. Me encanta.

La primera película que te emocionó de verdad.

No fue la primera, pero una de mis películas favoritas es Camino de perdición, con Tom Hanks y Paul Newman. La realización es brillante y es altamente emotiva para ser un drama criminal.

La última mentira que has dicho.

Nunca miento. Así que supongo que esta es mentira más reciente.

Tu último sueño loco.

Lo cierto es que soñé... ¡con el título de una novela! Voy a aprovecharlo para mi próximo libro, el noveno ya.

La primera película a la que fuiste en una cita.

Marcia y yo quedamos para ver Gallipoli allá por 1981. Por cierto: fue una muy, muy mala elección para una cita. Las chicas no acostumbran a contemplar cómo cientos de hombres mueren masacrados para luego decir a su acompañante «Hey, ¿nos enrollamos?».

La última vez que lloraste.

Lloro a menudo. Por ejemplo, cuando escribo. Estoy convencido de que si a mí me conmueve lo que les ocurre a mis personajes, lo mismo les pasará a los lectores.

Lo primero que haces al acabar el trabajo.

¡Cuando llegue ese momento te lo haré saber!

La última gran comida que has cocinado.

Marcia es la chef, yo soy el pastelero. Mi especialidad es la tarta red velvet con crema de queso helada.

La última compra extravagante que has hecho.

Tenemos iPhones nuevos. ¡Nos encantan!

Tu primer flechazo.

Es una historia triste. En el instituto conocí a una chica dulce y divertida. Éramos amigos, pero nunca llegamos más allá. Años después me enteré de que había muerto de cáncer cuando todavía era muy joven.

El primer gran consejo que te dieron.

Nunca, jamás, por nada del mundo te rindas.

Lo primero que harías si dirigiras el país.

Saldría a la calle, escogería a diez personas al azar y les ofrecería gobernar el país conmigo. Estoy seguro de que daría mejores resultados que con quienes hoy ostentan esa responsabilidad.

Tu última comida en la tierra ¿cuál sería?

Sin duda sería un bistec a la parrilla.

La primera canción que cantarías en un karaoke.

Si me oyeras cantar ni se te pasaría por la cabeza sugerirme esa posibilidad.

La primera vez que te diste cuenta de que querías ser un escritor.

Nunca he querido ser otra cosa. Es el sueño de mi vida.

La última vez que alguien criticó tu trabajo.

(Suspiro). A los escritores se nos critica constantemente. Puede que recibas cincuenta comentarios halagadores y una mala crítica. Y ¿qué es lo que más recuerdas? Hay que aprender a no tomárselo como algo personal, aunque no es fácil. A ningún padre, por ejemplo, le hace gracia que se le acerque un extraño y le suelte «qué niño más feo tiene usted».

Las tres primeras palabras que usan tus amigos para describirte.

Apasionado. Divertido. Cariñoso. Claro que, en cierta ocasión, un lector que vio mi foto en mi página web dijo que mi cara le inspiraba temor.

La última vez que hiciste una compra compulsiva y te arrepentiste.

Compramos un juego completo de aparatos de gimnasia... y ahora nos sentimos obligados a utilizarlo.

Tu primer concierto.

Marcia hizo cola durante horas para conseguir entradas para ver a Prince. Uf, qué lejos quedan los ochenta.

Lo primero en que piensas cuando te levantas por la mañana.

Pienso en mi mujer y en mis novelas.

La última cosa en la que piensas al acostarte.

Pienso en mi mujer y en mis novelas.



BRIAN FREEMAN. Nació en Chicago en 1963 y creció en San Mateo, California, antes de mudarse a Minnesota. Empezó a escribir su primera novela cuando estaba en sexto curso, y todavía recuerda esa primera incursión en la literatura. Como fuentes, cita dos un tanto insólitas: su abuela y una profesora de secundaria. Cursó estudios en Lengua Inglesa, lo que le facilitó el acceso a la colaboración en revistas literarias como *Mystic Fiction*, *Mind in Motion* y *Green's Magazine*. Su trabajo como director de *marketing* y relaciones públicas en la firma de abogados Faegre & Benson le acercó a los dramas de quienes se ven involucrados en asuntos criminales, experiencia que le ha sido de inestimable ayuda a la hora de crear sus argumentos.

El lanzamiento mundial de su carrera editorial a los cuarenta y un años supone para él la culminación de treinta años de fascinación por el *thriller*. *Inmoral* representa su debut en la escena literaria y ha suscitado un gran revuelo, ya que es la carta de presentación de un autor llamado a renovar el género del misterio y la intriga. Los detectives Jonathan Stride y Serena Dial también protagonizan su segunda novela, *Stripped*. Sus libros están a la venta en cuarenta y seis países y han sido traducidos a dieciséis idiomas.

Para más información sobre Brian Freeman: www.bfreemanbooks.com.